pasiones que se apoderan tan pronto del corazon de los viejos, Roberto habia ido derechamente al matrimonio sin conocer, por decirlo así, á la jóven con quien se casaba, ó mas bien conociendo de ella el ideal forjado por su amor.

Habia creido que Lazarine era sencilla en sus gustos porque la habia visto en en el cuadro, lleno de sencillez, de Hojas-Verdes; habia creido que era modesta, ya que no tímida, y esperaba trasportes de candidez cuando la rodease con el fausto de gran señor millonario.

Ahora bien, la marquesa; no solo no se asombraba de nada, sino que sus aspiraciones la llevaban á un lujo mas deslumbrador, y sobre todo mas ruidoso.

La gomosa de Paris, educada, ó mejor dicho, entregada á sí misma por un padre indolente, reaparecia bajo la marquesa, cuando Lazarine olvidaba el papel que la prudencia le habia impuesto para conquistar al marido. Ahora ya era suyo y nadie podia disputárselo. Estarse conteniendo á todas horas no le parecia ya indispensable; así es que estaba menos sobre sí.

El señor de la Tour du Roy se sorprendia ante ciertas inesperadas excentricidades; tenia miedo del ardor de Lazarine por el placer, y se preguntaba, con la vaga inquietud de que hablamos antes, si seria siempre lo mismo.

BIBLIOTECA CENTRAL

Por la distincion nativa de la jóven marquesa y su belleza sin rival, hacian encantadoras esas excentricidades. Su juventud explicaba y excusaba por otra parte sus trasportes casi febriles. Se embriagaba completamente con sus triunfos. ¿Qué mas natural en suma y qué mas inevitable?

El marqués se decia estas cosas y se tranquilizaba. El cielo se despejaba para nublarse de nuevo.

Al empezar la segunda semana de la fiesta del castillo, se manifestó un síntoma mas grave. El señor de la Tour du Roy creyó, no sin fundamento, que la nueva marquesa no exigía, y por lo tanto no obtenia de algunos de los que con ella bailaban, el respeto que se merecia; y no porque Lazarine diera que hablar con sus coqueterías, sino por la familiaridad con que se entregaba en brazos de su pareja.

Nada pasaba que fuese inconveniente: frases breves pronunciadas en voz baja seguidas de sonoras carcajadas; alguna languidez en las rápidas vueltas de un wals; nada, en fin, y sin embargo mucho.

Roberto de la Tour du Roy consideraba como niñerías los hechos que hemos citado, y no estaba en realidad celoso; pero el ridículo le asustaba, y una noche, ó mejor dicho una mañana, porque iba á ser de dia muy pronto, al dirigir-

se á su habitacion con su mujer despues de un cotillon interminable, aventuró de una manera discreta una tímida observacion.

La marquesita le miró con asombro.

—No os comprendo—contestó.—¿Es una censura?

—No.... pero.....

—¿He hecho algo que os ha desagradado?—interrumpió la jóven—lo sentiria; si he pecado ha sido por ignorancia. Explicadme, pues, con claridad las cosas, y así podré evitar una recaida involuntaria.

Era tal la expresion de franqueza del rostro de Lazarine, habia tanto candor en su dulce mirada, que el marqués no sabia como formular sus quejas,

Lo hizo sin embargo, pero con visible vacilacion, pero como hombre que se pregunta si ha visto bien, ó si ha incurrido en la necedad de incomodarse sin motivo.

Lazarine le miraba fijamente y dejó que se explicase hasta el fin.

Así que hubo concluido, contestó con voz lenta, reposadamente y con angélica dulzura:

—Acabais de dirigirme una censura que indudablemente merezco, y habeis de permitirme que pleitee para que me concedais circunstancias atenuantes. Carezco de experiencia. No he vivido jamas en la atmósfera aristocrática

BIBLIOTECA CENTRAL

donde vuestro amor me ha colocado. Todas las personas que recibís en vuestra casa son gentes de buena sociedad y ademas amigos vuestros. No he creido faltar acogiéndoles bien. Yo soy casi una niña, y el baile me encanta. Es tal la felicidad que siento, que mi natural alegre me arrastra, y mi alegría se manifiesta por locos trasportes. Esto no es conveniente, y así me lo habeis dado á entender; os lo agradezco con toda mi alma. Seré grave en adelante, debe serlo la marquesa de la Tour du Roy. Tendré el pudor de mi alegría. Sabré ocultarla al mundo. Me negaré á valsar, hablaré poco, no reiré. Me mantendré á respetable distancia de mi pareja, y estareis contento de mí.

—Lazarine, querida Lazarine—exclamó el marqués,—ó yo me he explicado mal, ó no me habeis comprendido. No es eso en modo alguno. No valsar, no hablar, no sonreir. Eso es imposible y eso seria un absurdo.

—Sea, pero entonces ¿qué quereis?

—Algo mas de reserva, muy poco, nada mas; un matiz apenas perceptible.

—No sé fingir, é ignorando donde empieza el exceso, opto por renunciar á todo, para estar segura de que no incurro en exageracion alguna.

—Entonces adios la alegría de nuestras fiestas.

—Si las fiestas pierden en animacion, en cambio se salvarán las conveniencias.

—No habeis faltado á ellas.

—¿Pues qué decíais hace un momento?

—Nada que debais recordar. Estaba completamente equivocado. Dad libre expansion á vuestro natural alegre. Continuad siendo como sois, como se os ama y como se os admira. No modifiqueis vuestros adorables modales. Sois encantadora.

Lazarine sonrió, rodeó con sus brazos desnudos el cuello de su marido, y ahogándole los labios con las ondas perfumadas de su cabello color de fuego, le dijo:

—Decís eso—exclamó—porque me adorais, y yo soy feliz al oiros porque os amo.....

La jóven marquesa, en el baile del dia siguiente, coqueteó con sus amigos como el dia antes, ó tal vez mas. ¿No estaba autorizada por su marido?

El señor de la Tour du Roy hizo esfuerzos de imaginacion par convencerse interiormente de que aquello era agradable. Vió lo que hacía, y se esforzó para encontrarlo hasta encandor.

BIBLIOTECA CENTRAL

¿Se admirarán nuestros lectores si les decimos que no logró conseguirlo mas que á medias?

XXI

Al terminar las fiestas y al abandonar el castillo la última série de convidados; cuando el príncipe regresó á Paris, y cuando, por último, Julio Leroux volvió á Hojas-Verdes con Renée y Juana, el marqués experimentó un consuelo desconocido. El cansancio moral le dominaba y le disgustaba cada dia mas.

La soledad produjo en él el efecto de un baño de placer despues de una larga jornada bajo la impresion de los rayos solares.

Pensó que iba á ser completamete suya la mujer que desde el dia del matrimonio vivia solo para el mundo. ¡Basta de agitacion, basta de estruendo! La existencia tranquila, el dúo eterno, la suspirada felicidad.... Roberto respiraba con libertad, todo su sér se dilataba. Por desgracia, Lazarine no participaba sino á medias de esta manera de ver.

El señor de la Tour du Roy, preciso es decirlo, habia dado pruebas de una lamentable inexperiencia entregando á la jóven marquesa